

Otras ovejas que no son de nuestro rebaño



Cuando chiquito **crecí con fuertes raíces conservadoras, católico-romanas:** Con el catecismo de Baltimore, la misa en latín, el rosario diario, la misa diaria a ser posible y una rica sarta de prácticas devocionales. Y eso fue un don por el que estoy profundamente agradecido.

Pero esa base formidable **trajo también consigo una desconfianza de todo lo religioso no-católico-romano.** Me enseñaron que la Iglesia Católica Romana era la única iglesia verdadera y el único camino para llegar al cielo; tanto que se nos disuadía con fuerza y se nos prohibía tácitamente participar en ningún servicio religioso de la iglesia protestante. Y otras comunidades religiosas estaban condenadas a la perdición eterna, aunque poderosamente nos esforzábamos en articular cómo pudiera ocurrir esto. Entre otras cosas, dábamos por supuesto que había un lugar llamado Limbo, donde sinceros no-católicos romanos –almas buenas, de todos modos–, pasarían la eternidad felices, pero sin Dios.

Pero, como T.S. Eliot escribió alguna vez, “el hogar es el lugar donde comenzamos”. Y el hogar es un buen lugar para comenzar con relación a cómo nosotros, como comunidades de fe, divididos entre nosotros, debemos entendernos mejor mutuamente y captar mejor la propia relación especial de cada iglesia con Cristo.

Y con frecuencia **el impulso en esa dirección proviene** no tanto de los pensamientos bíblicos y

teológicos cuanto **de un ecumenismo plasmado en la vida; experiencia vital**. Conforme nos vamos relacionando unos con otros comenzamos a sentir que la cuestión sobre quién tiene mejor acceso a Dios y a Cristo es infinitamente más compleja de lo que puede captarse en cualquier fórmula teológica. En el evangelio de Juan (10,16) **Jesús dice**: *“Tengo también otras ovejas que no pertenecen a este aprisco. A éstas tengo que guiarlas para que escuchen mi voz y se forme un solo rebaño con un solo pastor”*.

Por mi parte, confieso que he aprendido y asumido la verdad de esa afirmación por medio de la experiencia vivencial personal. Durante mis casi cuarenta años en el ministerio me he encontrado, me he hecho amigo y he llegado a ser compañero de fe de hombres y mujeres de todo tipo de confesión y religión: Protestantes, anglicanos, evangélicos, unitarios, pequeñas iglesias libres de todo tipo, testigos de Jehová, hindúes, musulmanes y budistas. En todas estas confesiones y comunidades religiosas he encontrado hombres y mujeres de fe profunda y de caridad excepcional.

Y esto me ha llevado a preguntarme a mí mismo la pregunta que una vez formuló Jesús a los que se le acercaron y le informaron que su madre y sus parientes estaban fuera del grupo al que él estaba hablando y que preguntaban por él: *“¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos? Y, señalando con la mano a sus discípulos, dijo: ¡Ahí están mi madre y mis hermanos! Cualquiera que cumpla la voluntad de mi Padre del cielo ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”*. (Mt 12,48-50).

Tenemos tendencia a creer que *“la sangre es más espesa que el agua”* y así a veces defendemos a nuestras propias familias, grupos étnicos, países e iglesias, incluso cuando cometen disparates. **Lo que Jesús afirma es que “la fe es más espesa que la sangre”** y, con mayor profundidad aún, que la fe es también más espesa que las afiliaciones confesionales o religiosas.

San Pablo está de acuerdo con esto: En su Carta a los Gálatas formula la siguiente pregunta: *¿Quién vive en el Espíritu Santo? ¿Quién tiene realmente fe genuina? Y responde*: Aquellos que en su vida manifiestan caridad, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, ternura, mansedumbre y castidad. La presencia de estas virtudes manifiesta

su fe, manifiesta a Cristo. Y, a la inversa, Jesús nos advierte que no debemos engañarnos a nosotros mismos cuando nuestras vidas manifiestan, entre otras cosas, adulterio, odio, faccionalismo, conflicto y envidia. **Nuestros hermanos auténticos en la fe son aquellos** cuyas vidas muestran caridad en vez de egoísmo, amor en vez de odio, corazón grande en vez de simpatías selectivas y excluyentes de corazón chiquito, amabilidad en vez de dureza, y bondad en vez de vehemencia mezquina. La virtud gana y triunfa sobre la identidad confesional.

Yo siempre seré católico-romano, así como seré siempre miembro de mi familia biológica, los **Rolheiser**, y de mi comunidad religiosa, los Misioneros **Oblatos** de María Inmaculada. Me bauticé dentro de estas familias y el bautismo, como enseñan correctamente los catecismos antiguos, deja una huella indeleble en nuestras almas; imprime carácter. Ésas serán siempre mis familias; pero puede que no sean mi única lealtad. Tengo también “otras familias que no son de estos apriscos”: sus miembros son no-católicos-romanos, no-Rolheisers, no-oblatos. Y de ningún modo amo menos por eso a la iglesia católica-romana, a mi familia biológica o a los Oblatos de María Inmaculada. Paradójicamente, **les amo más todavía**.

Cuando Jesús formula la pregunta “¿*Quién es para mí madre, hermano y hermana?*”, él mismo responde que **quienquiera que cumpla la voluntad de Dios es su auténtica madre**, auténtico hermano y auténtica hermana. Pero, como los autores de los Evangelios han destacado con fuerza ya en ese momento, su madre biológica, María, fue la primera persona que respondiera a esa descripción. Por lo tanto, **Jesús no está denigrando a su madre**, sino re-estableciendo su valía e importancia a un más alto nivel.

Lo mismo habría de pasar con nosotros en nuestra relación a las familias de fe en las que hemos sido bautizados, aun cuando abramos cada vez más nuestros corazones para **abrazar a esos otros que “no son de nuestro rebaño”**. La fe es más espesa que la sangre – y más espesa todavía que la afiliación religiosa.

Ron Rolheiser (Traducción Carmelo Astiz)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/otras-ovejas-que-no-son-de-nuestro-rebao